

LA ISLA DE LOS INMORTALES

EN UNO DE SUS TANTOS viajes por tierras remotas, el capitán Lemuel Gulliver visitó por algunos días la pequeña isla oriental de Luggnagg, no muy lejos del actual Japón, el país más longevo del planeta. Un buen día, al poco tiempo de su llegada, el viajero tuvo noticia, por medio de su intérprete, de la existencia de los Struldrugs, la “gente inmortal”.

La tecnología y los incentivos perversos (a gastar y gastar sin contemplación del sufrimiento humano) han convertido la prolongación de la vida en un objetivo preponderante, casi obsesivo. Con consecuencias desastrosas.

Los Struldrugs, en palabras del intérprete, nacen con una mancha roja en la frente que con el pasar de los años va creciendo y cambiando de colores (ominosamente): de roja pasa primero a verde, después a azul y finalmente a negro carbón (como la vida). En todo el reino, según los cálculos aproximados del intérprete, habitan poco más de mil Struldrugs. Hombres y mujeres, niños y niñas. Habitantes de la metrópoli y de la periferia.

Inicialmente, Gulliver reaccionó con alegría ante la noticia de los hombres inmortales. “Feliz la Nación donde cada niño tiene la



ALEJANDRO GAVIRIA

oportunidad de ser inmortal. Feliz la sociedad que se nutre de tantos ejemplos vivos de virtud y sabiduría. Pero felices sobre todo los Struldrugs, quienes no tienen que padecer la calamidad universal de la raza humana y cuentan con sus mentes libres, despejadas, sin el peso y la depresión del espíritu que trae consigo el temor a la muerte”.

Pasado el entusiasmo, Gulliver hizo lo que todo viajero debe hacer: ponerse en el lugar del otro, hacer un ejercicio de empatía especulativa, esto es, pensar en los beneficios y los costos de nacer, envejecer y vivir eternamente. Primero, dijo, se dedicaría a construir una fortuna con paciencia y dedicación. Luego a expandir sus conocimientos, al estudio minucioso de las artes y las ciencias. Y finalmente al seguimiento de la conducta de príncipes y ministros de Estado, a la observación diligente de los administradores públicos. Me convertiré, concluyó, en un tesoro de riqueza, conocimiento y sabiduría, en el oráculo vivo (sobra decirlo) de la Nación.

Además seré testigo de la historia, de las civilizaciones que emergen con modestia, crecen con orgullo y caen con estruendo. “Podré apreciar el descubrimiento de la *Longitud*, del *Movimiento perpetuo* y la *Medicina universal* y muchos otros grandes inventos llevados hasta el límite de la perfección”.

Sus interlocutores escucharon el discurso de Gulliver sobre la felicidad y las ventajas de la inmortalidad con una suerte de sonrisa contenida, con la mueca que acompaña usualmente

la condescendencia ante la ingenuidad o la ignorancia. Algunos incluso explotaron en una risa burlona, casi desafiante. El intérprete pidió la palabra con el propósito explícito de hacer algunas precisiones. La perpetuidad de la salud, el vigor y la juventud, señaló, es una ilusión extravagante. La inmortalidad no es otra cosa, entonces, que la perpetuación de la vejez. Los Struldbrugs padecen no solo las indignidades de la vejez, sino también la tristeza adicional que viene con la certeza de un sufrimiento eterno. Pierden los dientes, el cabello, el apetito y el lenguaje. Son crisálidas eternas (una contradicción en los términos).

Al final de la conversación, el soberano de la isla de Luggnagg le hizo una pequeña recomendación a Gulliver: “Sería conveniente enviar dos o tres Struldbrugs a su país para combatir el miedo a la muerte”. Al final concluyeron, utilitariamente, que el transporte saldría muy costoso. Pero, en retrospectiva, podemos decir con certeza plena que el viaje habría sido conveniente, provechoso: la perpetuación de la vejez parece ser una aspiración de este mundo, al menos de esta época.

La medicina moderna ha medicalizado la vejez y la muerte. Aspira a prolongar la vida infinitamente, a transformarnos, muchas veces en contra de nuestra voluntad, en Struldbrugs. La tecnología y los incentivos perversos (a gastar y gastar sin contemplación del sufrimiento humano) han convertido la prolongación de la vida en un objetivo preponderante, casi obsesivo. Con consecuencias desastrosas. En palabras de Stanley Prusiner, ganador del Premio Nobel de Medicina, “estamos creando en efecto un mundo de personas dementes, congeladas”. “Hardware sin software”, como escribió hace un tiempo el novelista Fernando Vallejo.

La religión judeocristiana, a pesar de sus promesas de otra vida, no nos ha preparado para la muerte. Y la medicina moderna ha caído en cuenta, conoce bien y aprovecha mejor nuestro lado flaco. El ejemplo de los Struldbrugs parece hoy más urgente que nunca. ■

delaurbe

Periodismo universitario para la ciudad

Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia

<http://delaurbe.udea.edu.co/>
@Delaurbe

Calle 67 No. 53-108. Bloque 12 - 122
Teléfono: 2195912
Medellín – Colombia